

*Servicios de los soldados romanos en sus campos.*

Una vez concluido el campamento, se reúnen los tribunos, y toman juramento, uno por uno, a todos los hombres libres y esclavos de cada legión. El juramento consiste en que no robarán nada del campamento, y lo que se encuentren lo llevarán a los tribunos. Después distribuyen los manípulos de príncipes y hastatos de cada legión de esta forma: dos para que cuiden del espacio que hay delante del cuartel de los tribunos; porque como la mayoría de los romanos pasan todo el día en esta calle, se procura que esté siempre regada y barrida. De los dieciocho manípulos restantes (hemos sentado antes que los manípulos de hastatos y príncipes son veinte en cada legión, y seis tribunos), sortea cada tribuno tres, cuyo servicio por turno es éste. Fijar la tienda del tribuno luego de asignado lugar para el campamento; allanar el terreno de alrededor; cuidar de rodear, si es necesario, alguna pieza para seguridad de los utensilios, y dar dos cuerpos de guardia, cada uno de cuatro hombres, uno para el frente y otro para la espalda de la tienda junto a la caballería. Como cada tribuno tiene tres manípulos, y en cada uno de éstos hay más de cien hombres, sin contar con los triarios y los vélites, que éstos no hacen servicio, la fatiga es llevadera, pues no toca la guardia a cada manípulo sino de cuatro en cuatro días. Todo esto, al paso que contribuye a la comodidad de los tribunos en lo necesario, da lustre y autoridad a sus empleos.

Los triarios se hallan exentos del servicio de los tribunos, pero cada manípulo tiene que dar diariamente un cuerpo de guardia al escuadrón de caballería correspondiente que tiene a su espalda. Su obligación, entre otras, es cuidar principalmente de que los caballos no se enreden con los ronzales y se manquen, o que sueltos no acocéen a los otros y originen algún alboroto y conmoción en el campamento. Entre todos los manípulos uno hace diariamente la guardia por turno en la tienda del cónsul, guardia que a un tiempo le asegura de cualquier asechanza y autoriza la majestad del mando.

El levantar el foso y la trinchera por los dos lados toca a los aliados, a cuya inmediación acampan sus dos alas; los otros dos incumben a los romanos, uno a cada legión. Cada lado se divide en partes a proporción de los manípulos; el mecanismo particular de la obra lo presencian los centuriones, y la aprobación de toda ella pertenece a dos tribunos. Asimismo están encargados del restante cuidado del campo los tribunos, que distribuidos de dos en dos turnan en el mando por dos meses durante el semestre, y aquellos a quienes cupo la suerte autorizan todo lo que pasa en el campo. El mismo mando obtienen los prefectos entre los aliados. Lo mismo es amanecer, que los caballeros y centuriones acuden a las tiendas de los tribunos, y éstos a la del cónsul. El cónsul comunica lo que urge a los tribunos, los tribunos a los caballeros y centuriones, y éstos a los soldados cuando es su tiempo. Para evitar toda falta en la forma de dar el santo por la noche, se hace de esta suerte: en cada cuerpo, bien sea de caballería, bien de infantería, el décimo manípulo acampa a lo último de la calle, de éste se saca un soldado que está exento de toda fatiga; éste va todos los días, al ponerse el sol, a la tienda del tribuno, donde recibe el santo, que es una tablilla con alguna señal o inscripción, y se vuelve. Llegado a su manípulo, entrega la tablilla y la señal delante de testigos al centurión de la cohorte inmediata, éste al de la siguiente, y así sucesivamente

hasta llegar a los primeros manípulos que acampan junto a los tribunos. La tablilla, antes que acabe el día, ha de estar de vuelta en poder del tribuno, el cual, si halla suscritas todas las cohortes, conoce que el santo se ha dado a todos, y que para llegar a él ha pasado por manos de todos. Pero si falta alguna, al punto por la inscripción conoce a qué cohorte no se ha dado la tablilla, averigua en qué consiste y al que tiene la culpa le impone el castigo correspondiente.

Cuanto a las centinelas de por la noche, se distribuyen de esta manera: un manípulo hace la guardia al cónsul y su tienda. Los nombrados de cada cohorte, según tenemos ya manifestado, la hacen a las tiendas de los tribunos y a los escuadrones de caballería. Asimismo, cada cuerpo saca una guardia de sí propio. Todas las demás se distribuyen a gusto del general. Por lo regular da tres hombres al cuestor, y dos a cada uno de los legados y consejeros. El exterior del campo se halla a cargo de los vélites, que hacen sus centinelas durante el día a todo lo largo de la trinchera. Éste es el servicio que hace este cuerpo, a más de otros diez hombres que se ponen en cada puerta del campo.

De cada cuerpo de guardia destinado a la fatiga, el primero que la ha de montar es conducido por un teniente de cada manípulo al ponerse el sol a la tienda del tribuno; quien entrega a todos estos una tablilla muy pequeña, marcada con alguna nota, y una vez recibida se marchan a sus puestos respectivos.

El cargo de rondar las centinelas es de la caballería. El primer capitán de cada legión comunica por la mañana a uno de sus subalternos la orden de que nombre cuatro jóvenes de su mismo escuadrón, para hacer la ronda antes de comer. A más de esto, debe prevenir por la tarde al jefe del segundo escuadrón, que a él toca rondar el día siguiente. Éste, advertido, da la misma orden que hemos dicho para el día inmediato, y así sucesivamente. Aquellos cuatro soldados del primer escuadrón elegidos por el oficial subalterno, después que han sorteado entre sí las guardias, se dirigen a la tienda del tribuno, donde reciben por escrito la orden de cuántos y cuáles cuerpos de guardia han de visitar. Después, estos mismos cuatro caballeros montan la guardia al primer manípulo de los triarios, cuyo centurión tiene el cuidado de mandar tocar la trompeta a cada vigilia.

Llegado el tiempo, ronda la primera vigilia aquel a quien cupo la suerte, acompañado de algunos amigos que lleva por testigos. Visita no sólo las guardias apostadas en la trinchera y las puertas, sino las de cada manípulo y cada escuadrón. Si halla despiertas y alerta las de la primera vigilia, recibe de ellas la tablilla; pero si encuentra alguna dormida, o que ha abandonado el puesto, pone por testigos a los que lleva consigo, y se marcha. La misma diligencia se hace en la ronda de las vigilias restantes. El cuidado de tocar la trompeta a cada vigilia, para que tanto los que han de rondar como las centinelas estén acordes, incumbe por días a los centuriones del primer manípulo de los triarios de cada legión.